

Michael Rivera Marín

Sinfonía H



Santiago - Chile

Ch 863

R.621

Rivera Marín, Michael, 1982 -

Sinfonía H / Michael Rivera Marín.

Santiago, Olga Cartonera, 2015.

44p. : 22 x 15cm

1.- Novelas Chilenas I. Autor II. Título

Sinfonía H de Michael Rivera Marín.

Derechos Reservados

Registro Propiedad Intelectual N° 2508864

@Olga Cartonera

www.olgacartonera.blogspot.com

Twitter: @olgacartonera

olgacartonera@gmail.com

Diseño Isotipo: Fernanda Pasten

Este ejemplar n° _____ es único, original e irrepetible y está hecho a mano por Olga Cartonera

Santiago - Chile, 2015

2ª impresión, 2018

*Dedicado a Alejandra Navia González,
porque a pesar de las dificultades estamos juntos.*

Prólogo

Conozco al autor de *Sinfonía H* desde que teníamos más o menos seis años. Desde aquel entonces, ya escribía relatos de fútbol, que de forma regular nos presentaba semana a semana, en los momentos en que no estábamos haciendo las travesuras descritas en su anterior obra, *Funeral en rieles*. Por esta amistad que nos une por casi treinta años, es que es un honor para mí hacer esta suerte de prólogo para su segunda obra.

Dueño de una gran imaginación, Michael Rivera nos presenta un relato inteligente, seguro, intenso, que nos propone frente a una pregunta fundamental del ser humano: ¿Por qué la existencia de mal?, entendiendo el mal no como su clásica definición agustiniana de “ausencia de bien”, sino como “presencia” de “alguien” que nos perturba y no invita a tomar decisiones consientes e incorrectas. La experiencia del mal es una realidad que a todos nos ha tocado vivir y contemplar a lo largo de nuestra existencia, muchas veces por causa de nuestras decisiones y otras, de forma inocente. Por lo mismo, el relato no es ajeno a la vida de cada uno de nosotros.

Por otro lado, es posible invocar el mal, así como es posible conectarse con una realidad superior bondadosa, también es posible conectarse con ciertas realidades espirituales desconocidas ciertas y perturbadoras, que se hacen dueños de nuestra vida y cotidianidad. Acá no hablamos desde las certezas, que para algunos pueden ser más claras que para otros, sino desde posibilidades reales, la posibilidad de invitar al mal a que sea parte de todo lo que somos y de lo nuestro...

El presente escrito es una narración que provoca, que nos pone en situación, que nos incumbe en la medida en que nos dejamos seducir por un relato que se lee de forma rápida y que se construye desde varios frentes de entendimiento. No hay actores secundarios, sino personajes que entre-tejen sus vidas y sus historias desde sus vidas fracturadas, malheridas y llenas de infidelidades, un relato profundo, donde los personajes se unen desde las esperanzas fracasadas en busca de soluciones y salidas que no se encuentran. Nombres que si bien se relacionan entre sí, cada uno de ellos vive su soledad desde el misterio de sus abandonos y soledades no buscadas.

Muchas gracias al buen amigo Michael por su invitación.

Eugenio E. Carrasco G.
Licenciado en Teología P.U.C.
Kike, de *Funeral en rieles*.

Prefacio

Me parece horrible que llegue todo tipo de personas, sin distinción de clases, a buscar mi servicio para entrar a ese mundo. Piensan que se encontrarán con un hombre rudo con cadenas, cuchillos o llagas como muestras del paso por el infierno, pero las decepciono. Ni siquiera tengo cara de viejo macumbero o narcotraficante. Les produzco rabia y vergüenza porque yo, un padre de familia, tenga la herramienta para librarlos de su curiosidad. Vamos, sírvase pan con algo, aquí tiene mantequilla y mermelada. Tranquilícese, que mi señora entiende mi trabajo y siempre vuelve luego de dos horas con los niños del parque. Además si no toma once conmigo, ella me lo reprochará.

A veces creo que mi función es atormentarlos a ustedes con mi familia y mi expresión serena, demostrarles que gracias a tipos como yo pueden calmar su sed de respuestas. No soy el estereotipo rico o pobre, tengo lo suficiente para vivir bien, pero estoy más cerca de la vida eterna que usted.

No me mire así, no le especificaré cómo llegar a ella, pues sería mi condena... No, no digo que me enjuiciarían o buscarían hasta hacerme pagar mi falta quitándome a mis hijos. Esos son mitos que inventó la religión para no perder su poder económico por culpa de los fieles remisos como usted.

1

La lechuga flotaba en el lavaplatos. Aquello que atormentaba a Francia, esperaba verla muerta con su cuerpo sumergido dentro de la tina.

Mientras la carne se cocinaba a fuego lento, Francia pelaba las papas hervidas. Para ello usaba el mismo cuchillo que cayera violentamente hace unos días a sus pies. Francia se detuvo un instante, miró el utensilio de cocina, y no sintió temor alguno. El horror cíclico que aumentaba cuando Iván volvía del trabajo se hallaba agazapado en algún rincón de la casa, esperando dar un ataque certero.

El ardor de sus manos obligó a Francia a soltar la papa y darse un descanso... ¡Qué mentira! No era ningún descanso, era solo una excusa para ver cómo seguía su hija de un año y medio de edad. Habían transcurrido quince minutos desde que Francia la dejara frente al televisor, rodeada de cojines y juguetes.

Francia entró al living, inundado con el sonido del pecho asmático de la pequeña. La televisión carecía de sonido, una precaución que Francia siempre adoptaba para poder oír a su hija en caso de sufrir un ataque. Acomodó un par de peluches y Catalina le pidió brazos, gimiendo con sus ojos lastimeros.

La madre sonriente la levantó y, tras subirle el volumen a la televisión para sentirse más en compañía, se acercó a la ventana. Ambas miraron a los peatones caminando tranquilamente entre las húmedas hojas caídas de aquella tarde otoñal.

La lluvia se marchó y el vaho en el vidrio causó una sonrisa en la niña, la cual armonizó con una jerigonza ininteligible mientras apuntaba la calle con su dedo índice. Francia le respondió imitando sus sonidos y nombrando lo que Catalina señalaba.

—A-u-to —dijo modulando frente los ojos atentos de la niña—. El papá llegará en uno de esos y la tía Claudia con el tío Gustavo vendrán en otro. Si no te duermes temprano los verás, mi bebita.

La niña fue acomodada de nuevo en su lugar, pese a las quejas. La madre buscó entretenerla moviendo los peluches y un soldadito de plástico que la vecina del frente le regaló. Cuando el hombre verde del fusil subió por el brazo de Catalina, el agua del lavaplatos llegó a la alfombra provocando un grito de Francia, quien de inmediato tomó a la niña para sentarla en el sofá y corrió hasta la cocina a detener la inundación.

Sus lágrimas formaron diminutas olas en el desastre. Miró hacia el living sin explicarse por qué justo hoy sufría un nuevo atentado a su cordura. En su cabeza escuchó a Iván dando una racional y sencilla explicación: “Te olvidaste de cortar el agua para las lechugas y el lavaplatos se tapó con las cáscaras de las papas... eso fue todo, mi amor”.

Absolutamente posible si las lechugas o las cáscaras hubiesen estado en el lavaplatos, y no en el mueble de enfrente. Pese a esto Francia sabía que no le creerían, no tendría cómo defenderse a menos que dejara todo tal y como estaba antes de que el espíritu de su padre moviera algo más para perjudicarla.

La angustia le hizo temblar las manos, pues debía reparar el daño y continuar preparando la cena como si nada hubiese ocurrido. La hora de salida del trabajo de los invitados era incierta, por lo que Francia debía apresurarse para tener algo con qué atenderlos.

•

La niebla se va disipando, no me distingo en esta nueva oscuridad. Tampoco temo a la fuerza superior que me ha privado de cuerpo. No siento la presencia de nadie cerca de mí. Un potente ruido hierde mis sentidos que ahora son tinieblas que se disipan sin sujetarme a

mis deseos. No tengo autonomía, voy con la corriente, debo dejarme llevar, Rossi me está sacando, cumple su palabra. Un punto luminoso se manifiesta, me traga, sufro, siento como si me desangrara otra vez, como si volviese a escurrirse mi interior. Luz, luz. Un punto me llama y ansía masticarme. No sé cómo llamarlo. ¿Aleph? Así está bien. Me permite regresar a la realidad, vuelvo a ver colores, distingo mi forma anterior. Morí de manera atroz, pero nada saco con lamentarme por mí y mi bebé. Muevo el vaso y le respondo de inmediato a la Rossi deteniéndome sobre las letras en la ouija. Ella me llamó, ella y una amiga del colegio, es la Gaby. También la conozco. Mejor, así habrá más apoyo para asegurar mi regreso. El punto que conecta mi anterior realidad no se desvanece. Quizás la ouija lo abrió de forma permanente, parece un ojo que ellas no ven aunque se los indico en la tabla. “Ahí arriba está, *eso me trajo de vuelta*”. Tal vez espera que termine la comunicación para sacarme de aquí y devolverme.

•

Francia, de pie junto a la ventana, miraba a través del visillo mientras Catalina, sentada sobre la alfombra y rodeada de juguetes extenuados por la saliva y apretones, veía en la televisión su programa de títeres. El momento de los comerciales estuvo cargado de rápidas imágenes que maravillaban a la niña. “Tal vez Iván llegue temprano”, piensa Francia contemplando las numerosas ventanas iluminadas en el exterior, testimonio de que frío y la lluvia reunían a las familias dentro de sus hogares.

Tamaño 35 pulgadas se presentó la propaganda donde un padre cuarentón junto a su hijo quinceañero. Estaban sentados en el mismo sillón sin percatarse el uno del otro. El padre expuso a la cámara cuánto sufría por la bohemia del muchacho, quien refutó, sin interrumpirlo, con argumentos pueriles y pantomima exagerada. Ambos terminaron con cara de fastidio y brazos cruzados. Luego el joven dijo resignado «Igual lo quiero», seguido del padre «Igual que yo a su edad». Finalmente el respectivo abrazo y el logo sin ánimos lucrativos directos, pues «*solo quería construir una mejor familia para un mejor país*».

Cabe resaltar que quien cedió primero ante la discusión fue el quinceañero. Un claro golpe al subconsciente para mantener el discurso de que se debe obedecer y amar a la familia. El padre solo debió recordar cómo era a la edad del hijo y comprenderlo.

Francia cerró las cortinas y encendió las luces para tomar una ubicación más discreta que le permitiera dominar la calle. La noche había llegado junto a la lluvia, haciéndola recordar los granizos que solía recoger con su padre para colocarlos en los maceteros de las plantas del living.

La luz de un vehículo la encandiló. Se alejó de la ventana sintiéndose descubierta. Entre los puntos de colores que inundaban sus ojos distinguió que un auto se detenía en la casa de enfrente.

El frío movió los juguetes de la niña, quien sonrió sin atraer la mirada de su madre. Francia se descontroló al ver el tamaño y color del vehículo en contraste con el pequeño ataúd blanco que salió de este y se introdujo en la casa.

2

Iván cerró la sesión y salió de su oficina aprovechando la caída del sistema para ir al fondo del pasillo. ¿Cuántas veces trazó mentalmente sus pasos? Eran más de las ocho de la noche y aún sentía el evocador perfume de Claudia cuando pasó junto a él a la hora de almuerzo. Pensar en ella le generó una punzante erección, quería invitarla a su propia casa para acostarse con ella, antes de regresar a la de él, junto a Catalina y Francia.

Iván llegó al final del pasillo y halló su imagen en el espejo que intentaba dar una atmósfera hogareña a la oficina. Ahí estaba el reflejo de su rostro mal herido por culpa de Francia. Sí, Francia cogió la máquina de afeitar y la dañó, obligado a Iván a usar la afeitadora azul doble hoja, una doble opción de cortarse e ir a trabajar con el patético trocito de papel higiénico en el rostro.

Su reflejo se distorsionó hasta mostrarlo a torso desnudo frente al lavamanos medio de agua. Apretó un poco más la toalla amarrada en su cintura para proteger el pantalón con que iría a trabajar y comenzó.

Esparció por su rostro las capas de jabón, hasta que la poca barba del fin de semana quedó oculta en la espuma que suavizaría el transitar de la hoja metálica. Sumergió el filo en el lavamanos para luego alzarlo hasta su mejilla derecha. Con suavidad arrastró el jabón despejando su piel de los molestos pelos.

Para ser la primera vez en veintitantos años, no tuvo inconvenientes. Le resultó gracioso recordar las muchas veces que le dijeron que era mucho más sano hacerlo con una máquina, pues

así no se engruesaba la barba ni se dañaba la piel con esos feos cortes que su papá cubría con trocitos de papel higiénico...

Acercándose al espejo, Iván formó una mueca para conseguir captar la eficacia del instrumento. Su vieja máquina lo hacía mejor... pero resultó ser un corte bastante al ras. Volvió a cortar a la altura de su barbilla, un estímulo desagradable lo detuvo. Miró molesto y el hilo de sangre se fundió con el jabón del cuello.

Ahí estaba de manifiesto su inmadurez, tan solo tuvo suerte de principiante, la hoja fue implacable. Intentó estancar el flujo insatisfactoriamente. No quería aumentar la herida, pero repasó la zona para mejorar el corte. Su barba se concentraba en el sector que fue la burla de sus compañeros de curso, quienes se sentían superiores por afeitarse. Él nunca les dijo cuánto le prohibía su padre cortarse esos pelos, porque cuando tuviera treinta años no querría hacerlo más, estaría hartó de cumplir con esa estúpida obligación. Y era cierto, ¡cómo odia esto!

Para amenizar el rito mañanero, Iván decidió simular en su cabeza el ruido eléctrico y circular de la afeitadora. Le pareció gracioso, trató de repetir los movimientos pero no dieron resultados, sólo consiguió una herida y otra. Así es que decidió realizar los movimientos justos para eliminar todo el jabón de una buena vez y poder repasar las partes que habían quedado deficientes y salir antes de la hora punta del tráfico.

Iván se miró detenidamente acariciando el cuello y las mejillas. No estaba muy suave, solo lo suficiente para ir al trabajo. No tenía por qué enterarse todo el mundo que su vida era un caos.

Miró el reloj despertador sobre el inodoro: le quedaban diez minutos. Suficiente.

Cogió el jabón, lo sumergió en el agua del enjuague y lo restregó en sus manos unos instantes. Luego la izquierda cogió su lengua estirándola lo suficiente para que la derecha esparciera el jabón encima de las papilas gustativas provocándole fuertes arcadas que supo contener como todo un hombre que se afeitaba con la *azulita*.

Abrió los ojos para ver el acto en el espejo algo empañado, desplazó la hoja desgarrando todos los pelos oscuros.

Escupió sangre y espuma con fuerza. Husmeó con un dedo la

textura de su lengua. Comprobó que en los bordes del músculo quedaban cabellos duros dañando las paredes internas de su boca. Sin mirar ni jabonarse introdujo el aparato. Cortó una y otra vez aguantando el dolor y las arcadas de sangre que inundaban su boca, los pelos similares a los púbicos quedaron en el agua sanguinolenta cual peces muertos.

Sonrió mostrando sus rojizos dientes que no lograban contener la sangre que insistía en caer

caer

caer. La lengua se retorció de dolor y él trató de obviarla. Imposible. Era más fuerte, lo ahogaba. El fluido se deslizaba por su tráquea yendo a dar al estómago. Inclusive en uno que otro brusco movimiento para controlarla, se filtró por su nariz y lo hizo caer de espalda.

Con el golpe Iván regresó al pasillo de la oficina. Se acarició la cara y notó imperfecciones con sus yemas meticulosas. ¿Publicidad engañosa o poca experiencia de Iván? Sus dedos diestros se enredaron en los pelos mal afeitados y le inhabilitaron de girar la manilla o tocar la puerta de la oficina de Claudia. Su mano izquierda trató zafar a su compañera sin más resultado que comprender su temor, su horror de reconocerse en aquel ser del pasillo y horario extra.

•

Francia terminó de mudar a Catalina para abrirla porque de seguro los vecinos cruzarían a darle la noticia. Antes de que ella renunciara a su trabajo para cuidar a su pequeña eran buenos amigos. Esto no implicaba que se reuniesen todos los fines de semana a tomar el té, pero nunca se privaban del saludo o de una conversación en el jardín mientras lo hermoheaban quitando la maleza o cortando el pasto.

Francia sabía muy bien que no era correcto ir, sin embargo, su corazón lo deseaba. Necesitaba curiosear lo que sucedería con Catalina si los ataques fantasmales seguían enloqueciéndola. Enfrentarse voluntariamente a la muerte de un niño era obtener la prueba de su insanía. Claro que de seguro Andresito murió para

que Francia se impregnara de todo ese sufrimiento y jamás llegara a atentar contra su hija... aunque cuando alimentaba a Catalina disfrutaba apretándole el cuerpo y obligándola a abrir la boca para atragantarla.

La mujer continuó observando desde el segundo piso la casa de enfrente, que no había cerrado su puerta para facilitar el trabajo de la funeraria que decoraba el living. Sacaron los sillones envueltos en nylon para protegerlos de la lluvia y los llevaron a la casa del lado para guardarlos en el cobertizo, pues necesitaban espacio para el féretro y las visitas.

El miedo de presentarse con Catalina empezó a presionar su corazón, pues quizás Andresito querría llevarse a su pequeña amiga de juegos con él. Más aún si la presentaba frente al cadáver... No. No podía pensar que era un cadáver, era un angelito, un angelito que Dios quiso tener en su reino por su bondad.

•

Me resulta estúpido enloquecer a esta mujer sólo por darle en el gusto a la Rossi, pero debo respetar sus condiciones a menos que quiera seguir aquí y aceptar la eternidad en la nada, una nada que quizás se deba a la necesidad de purgar mi pecado, pero tengo una oportunidad de regresar y debo aprovecharla. Necesito recuperar el bebé que aborté y me costó la vida. Para ello la mejor opción que tengo es cambiar de cuerpo con Francia y la Rossi está dispuesta a realizar el ritual para ello.

¿Por qué mi aleph no me succionó al terminar la comunicación? Me sigue a todas partes, quizás es la culpa que se materializó así cuando estuve en la muerte sin conciencia. Es mi némesis que absorbió mis pensamientos cuando estaba en la nada y ahora me persigue para atormentarme.

Estuve sumergida en una niebla vacua y jamás sentí a algún otro muerto o una fuerza superior cerca de mí. La única sensación que experimenté fue el llamado de la ouija.

Estoy atrapada en la casa, a menos que la Rossi me invoque desde otro lugar, pero al terminar la conversación siempre vuelvo acá. Creo

que se debe a que en este lugar fue la primera llamada. Quizás mi aleph es el cordón umbilical que me da conciencia y me tira siempre de vuelta. Sin él puedo terminar cayendo en la nada otra vez, perdiendo toda esperanza. Para mí ese es el infierno, saberse sin esperanza, perder la fe incluso en obtener aquellas pequeñas cosas materiales, frustrándote, haciendo que respires odio, un odio que te pudre.

Por eso no puedo dudar respecto al comportamiento de la Rossi y la Gaby. Debo confiar en su honestidad y en que no se detendrán a cuestionar mis instrucciones. Al menos la Rossi me ha demostrado en cada conversación cuánto odia a su tía y lo feliz que se pone cuando su tío llega triste a visitarla. Si bien en vida fuimos buenas amigas, ahora somos las mejores, conozco sus escrúpulos y sé hasta dónde es capaz de llegar. De hecho me demostró su valor al desenterrar la ouija desde el jardín. Lo hizo tal como lo acordamos si el aborto fallaba y yo moría.

Fue tan obediente que me llamó al tercer día desde el living de la casa de su tío. Sé que ella está loca por actuar así, pero no tengo a nadie más con ese valor y ya no hay tiempo. Necesito volver.

•

Francia encendió la luz de la lámpara y observó la habitación, esperanzada de ver alguna manifestación fantasmal que confirmara su intención de sacar el abrigo del closet y el paraguas para huir al funeral.

Se miró en el espejo de cuerpo completo incluido en la puerta del ropero y vio su pómulo derecho morado. ¿Dónde estaba Iván cuando fue atacada durante ese desayuno? En el baño. Él sólo escuchó el grito de dolor cuando Francia se golpeó contra la mesa. Su esposo le hizo las curaciones pertinentes y obvió los comentarios sobre fantasmas dichos por su esposa, prefirió enfocarse en tranquilizarla.

¿Qué sacaba con esconderse de Andresito si en su propia casa era atacada? Si el pequeño se llevaba a Catalina le evitaría a Iván el tormento de explicarle a su hija que la mamá enloqueció.

Francia abrió con fuerza el ropero para ahuyentar a su patética imagen. No necesitaba humillarse más.

El olor a naftalina le hizo pensar que si buscaba tocar el fondo del ropero, este no existiría, y en vez de ramas y nieve aparecerían los colgantes de su antigua habitación días antes de su partida.

Francia entraría en su pasado y lograría que su padre aceptara que no asistiría a la universidad o el instituto. Sólo quería ser mamá de tiempo completo. Cuando lograra ser aceptada volvería a internarse en el ropero para volver a su presente corregido. Estaría feliz con Catalina e Iván y no tendría que huir del fantasma de su padre.

Carta

(Primera parte)

Durante esta semana en que me refugié en mi desesperada soledad, he reflexionado profundamente sobre cómo ayudarte con Francia y lo que tú insistes en llamar: su enfermedad. Sé que juzgarás drástica mi medida, pero no pienses siquiera un momento que es irracional. Tu sufrimiento me desgarró tanto como saberme tu pañuelo y distracción. No me reconforta verla así de mal, porque sé que la seguirás buscando en mí, o ¿piensas que no te oía llorar entre sueños pronunciando su nombre?

No te engañes pensando que mi muerte es despecho. Es mi forma de agradecerle a Francia por darte la felicidad que yo nunca pude ni podré entregarte. Conozco las razones de sus delirios con los que justificas tus amoríos conmigo y sé cómo sanarla. Rezo, créeme, rezo de corazón a Dios para que mi suicidio no sea inútil, pues nunca más gozaré de tu alegría y tu cuerpo desnudo en esta nada que tú y yo tenemos.

A minutos de que el viento me libere de una silenciosa y expiatoria forma, te pido que obedezcas en todo al hombre que se comunicará contigo para entregarte el «antídoto»... si así puedo llamarlo para que me entiendas. Él irá por ti cuando todo esté listo y él mismo se encargará de guiarte.

Reconstruirás tu familia que alguien desafortunado está corrompiendo para luego robártela. Ese alguien sabe que la única manera de entrar en sus vidas destruyendo los lazos y ya ves que falta poco para que el último eslabón de la cadena se rompa irremediablemente. Por eso yo me sacrificaré para eliminar a ese ser desesperado que busca lo inalcanzado en vida, después dependerá de

ustedes restaurar la cadena. Ya no podré ayudarte más, aunque desde donde esté siempre te daré una mano... aunque estoy segura que no la necesitarás. Tu fuerza volverá alejando esos pensamientos ajenos a ti. Francia mejorará y será otra vez la maravillosa mujer por quien me cambiaste. Basta de lloriqueos, no puedo irme con los ojos irritados y el corazón desesperado.



La llegada de los primeros autos hizo que Francia soltara el abrigo y por sobre la cama se acercara a la ventana. Bajaron los abuelitos de Andresito. La vecina las recibió con tristes y débiles abrazos en el umbral de la puerta. Unos pasos más adentro estaba su esposo hablando con alguien sobre la cantidad de café que deberían comprar para atender a las visitas.

La mujer dejó a los recién llegados dando las condolencias a su esposo y, a paso calmo, recorrió el camino hasta la casa de Francia. El fuerte viento le impedía usar el paraguas, que tendía a voltearse dejando que la lluvia se mezclara con las lágrimas en su rostro. En medio de un forcejeo buscó ayuda mirando la ventana de la habitación de su amiga. Como única respuesta vio apagarse la luz.

Francia tomó a la niña y descendió las escaleras rápidamente para evitar que la mujer tocara la puerta. No era conveniente llamar la atención de su padre para que las atormentara.

Sentó a la niña en el sillón saturado de cubos para formar palabras. Abrió la puerta y al mirar a su vecina, Francia soltó el llanto sin importarle que venían a buscarla como un pilar al cual asirse y conseguir serenidad.

Catalina se desesperó y dejó caer los cubos sobre la alfombra. Claramente se podía leer en ellos las palabras: *Está muerto.*

3

Mamá, préstame atención. Mi soldadito está en medio de la calle, allá, mira, en el paso de cebra. Deja de hablar con la señora sobre lo buena que es la tía del jardín. Me dolió el brazo, me pellizcaste fuerte. No escuchas al soldadito gritar, los autos pasan y lo van a aplastar. No te importan mis lágrimas o los tirones que le doy a tu vestido. La prefieres a ella. No sabía que eran amigas del colegio y que ella entró a la universidad. Si es *sicóloga*, porque no sabe lo que yo pienso ahora o lo que grita mi soldadito. Rápido, vamos a buscarlo. Está empezando a llover, no quiero subirme en su auto para que nos lleve a casa, quiero mi juguete. Me solté. Mamá, espérame, lo recojo y entro en ese olor a cuero. No puedo moverme. Ayúdame, mamá, un auto. Me duele, sálvame, llama al doctor. Mi soldadito, tómalo. Tengo sangre en la boca, está lloviendo. Tápalo, juega con él esta noche. Yo tengo sueño, mucho sueño y ya no quiero ver autos nunca más. Sus ruedas me asustan, me hacen muchísimo daño.

•

Las caras tristes buscaban conversación para justificar su estada. Francia las rehuía soltando la mano a Catalina que se enajenaba desflorando las coronas de flores a los pies de su amiguito. Los cirios desfiguraban a las personas que bebían café ocultas de la fría noche que les caía a cambio de la lluvia. Francia relacionó a los desconocidos con todas las personas que quizás asistieron al funeral de su padre, pues de seguro hasta los más cercanos

resultaban irreconocibles por la deformación lumínica. No quiso asistir ni al funeral ni al entierro, prefirió dar muerte a todo cuando su padre apareció ahorcado una mañana. ¿Acaso un funeral difiere mucho de otro?

Francia imaginaba a su padre dentro del ataúd blanco, con las manos cruzadas sobre el pecho sin el medallón familiar, pues ella lo hurtó. Lo sacó del velador de su madre en un arranque de histeria, pues la tradición la favorecía y así sucedería con Catalina en su debido momento.

El medallón estaba húmedo, debido a las lágrimas era más que seguro. Primero tenía las de su padre antes de suicidarse, luego las de su madre al hallar el cuerpo y ahora tenía la de ella por culpa del fantasma de su padre que la atormentaba. Una patética tradición.

Francia apretó el medallón y bordeó el ataúd, los espacios físicos la engañaban, los muebles en la oscuridad le bloqueaban el camino, tropezó una y dos veces antes que el fuerte y descontrolado brazo de su vecino la detuviera para suplicarle que sacara a Catalina, quien lloraba en el living molestando a las ancianas que rezaban el rosario para expiar su pecado de continuar vivas a cambio del niño. Francia miró a su hija y corrió a calmarla en sus brazos. Quizás fuera hora de volver a casa, la vecina ya se había acostumbrado a las susurradas letanías que todos pronunciaban en pos de la tranquilidad de su alma, pues lo quisiera o no, la mujer se sentiría culpable el resto de su vida.

•

El aleph se abre, pero no me llama, sino que muestra imágenes superpuestas. No veo ninguna tabla ouija sobre el velador o en el suelo. Intento buscar algún punto que me permita comprender dónde me encuentro, pero no consigo nada. Es una habitación estándar, quizás de un hotel. Escucho agua correr, alguien se está duchando. ¿Por qué mi aleph me trajo acá? Escucho risas desesperadas. No puedo entrar a ver quiénes son, porque el agua distorsiona sus voces. Espero, me angustio. Ya no ríen, sino que jadean. Comprendo. ¿Desde cuándo mi aleph era voyerista? En el espejo de cuerpo completo veo el reflejo empañado de Gustavo penetrando a la Gaby.

4

Mierda, la Gaby es una perra, por eso silenció su relación con Gustavo y se alejó de la Rossi. ¿Cuántas veces le negó a su amiga presentarle el hombre mayor con el que salía? Pero pagará, solo necesito poder decirle los ajustes de mi plan a la Rossi. Necesito que me llame, pero no coge la ouija y este maldito aleph parece reírse a mi espalda. Lo veo agrandarse de felicidad. De rabia reviento las cosas de la casa: un florero, platos, desgarró el sofá, pero nada me conforta o calma. Debo hablar con la Rossi, los vi juntos, es una traición que no puedo aceptar. Se presentó como sobrina... sobrina, ja, una farsa, una farsa que vengar. ¿Dónde mierda estás mocosa estúpida que no me llamas y me tienes aquí desesperada? Rossi, sólo debemos sacar a tu tío por una noche y coger velas, algo con que golpear a tu tía y el cambio estará listo. Vamos, apurémonos y hagámoslos pagar. El aleph crece y escuchó risas dentro de él, son las risas de ellos... Llámame, rápido, te lo suplico, necesito desahogarme.

•

El teléfono sonaba insistentemente y Francia atravesó de la cocina hasta el living preocupada por la tardanza de su esposo y las visitas.

—Aló... Hola Gustavo, ¿cómo has estado? Bien también. No, no han llegado aún. ¿Supongo que tú vendrás hoy, cierto? Iván dijo que acompañarías a Claudia. Ah, no podrás venir a la cena, eso significa que tampoco vendrá ella. ¿No está en su departamento? A

lo mejor Iván la pasó a buscar. Está bien, te esperamos para cenar en otra ocasión, cuídate.

Cortó y antes de regresar a la cocina volvió a sonar. Levantó el auricular y la voz de su madre se dejó oír con fuerza tras el caer de una moneda.

—Hola, hija, no has vuelto a visitar a tu papito. ¿O ya lo olvidaste? Parece que recurres a él solo cuando tu conciencia te atormenta, ¿cierto? Sería bueno que compraras más flores, las del domingo pasado ya se marchitaron.

Francia guardó silencio y sentada deslizó nerviosa sus uñas por el brazo del sillón mirando a su hija. No había palabras para su mamá. ¿Para qué llevar una conversación que sólo será una farsa, si sabía que jamás se comprenderían? Se habían pasado toda su maldita juventud haciéndolo, ahora al menos su locura escudaría su falta de respeto, porque nadie se tomaba en serio las reacciones de una loca.

Cortó y volvió a la cocina.

Carta

(Segunda parte)

Muero enterada de todo sobre el romance de Gustavo con la amiga de tu sobrina. No creas que me molesta haber sido engañada, pues yo también le fui infiel, llegué incluso a desear su muerte cuando el asco de tener sexo con él me asfixiaba: era imposible aceptar su cuerpo si el tuyo me era tan cercano.

Si de algo puedo quejarme es de su absoluto cinismo al disimular su relación paralela, yo fui la otra, pues conmigo no podía hacer valer su posición de poder, su dictadura aquí no valía, incluso hubo veces en que lo eché a gritos por creerse superior con sus argumentos banales... aquellos que tú también quisiste creer bajo la desesperación. Nunca toleré eso, pero igual seguíamos juntos para mantenerme cercana a tu familia.

No niego su simpatía, su amabilidad, su cuerpo, pero su enfermiza superioridad podía explotar al máximo con jovencitas que se deslumbraban con su voz suave que una o dos veces tronó furiosa y aún retumba moleestamente entre las paredes de mi departamento. En una ocasión se me acercó saltando el

sillón, cogiéndome de un brazo me llevó junto a su nariz, luego volteó y se fue. No sé por qué te cuento esto a tan poco tiempo de mi muerte, quizás sea porque sentí más horror al oír su respiración nasal que su mirada.

Mi relación contigo es distinta, era distinta, te amo y entrego mi vida para ayudarte, pues sé que solo jamás podrás salir de tu estúpida modorra y decadencia, tómalo como mi último favor, el que te encaminará nuevamente al rumbo necesario para acompañar a Francia en este difícil momento y dejes de esconderte en mis faldas o en las de cualquier otra mujer. Enfrenta los problemas, no dejes que mi muerte sea en vano, toma la mano de ella y apóyense... No se conviertan en esta cosa que yo soy por voluntad.

Claudia

•

La Rossi invitó a conversar a la Gaby en el parque cercano a su casa, porque su vida estaba en riesgo y necesitaban tener privacidad absoluta.

—¿Por qué me dijiste eso? ¿Quién te creí, mierda? Ándate mejor a jugar con tu amiguita muerta —gritó la Gaby tras escuchar por varios minutos el monólogo de su amiga.

—No hables así, Gaby. Ella está muy furiosa contigo —le cogió de un zarpazo el abrigo.

—Me importa una mierda —se soltó trastabillando—. Júrame que no le contarás nada a mis papás y me voy. Hacemos como que nunca nos conocimos.

—No puedo dejarte ir. Porque en medio de la niebla mi amiga muerta te vio en la ducha de ese motel con Gustavo. ¿Acaso no recuerdas que él la embarazó y que ella murió haciéndose el aborto que él mismo pagó?

El viento cambió de sentido y llevó un nauseabundo olor a perro muerto a las muchachas. Por la fuerza de la discusión ninguna atinó a cambiar de lugar.

—No me interesa lo que esa puta muerta diga.

La Rossi soltó una cachetada furiosa, sin recibir oposición.

—Tú te la has inventado, Rossi. Estás loca, tan loca como tu tía, tu mente enferma la ha construido y yo estúpidamente caí en tu juego.

—¿Quién te dijo eso? Tu novio, me imagino. ¿Acaso olvidaste que vimos juntas moverse la oüija y que tus mismas manos se movieron sobre la copa cuando ella respondía?

El cadáver del perro parecía acercarse y la Gaby creía que le saltaría a morderla en cualquier instante.

—Son tus celos, la energía que libera tu envidia lo que lo produjo. Admítelo, detestas a tu tía porque te enamoraste de tu tío. Ves, no dices nada. Eres una enferma. Por eso me alejé de ti.

—Vamos terminemos esto de una vez Gaby, ni la muerta ni yo te queremos estorbándonos. Debes pagar.

—Cállate, *bueona* loca. Solo quiero que te calles todo y no te metas más en mis asuntos.

Un vehículo frenó abruptamente deteniendo el nivel de los insultos.

—No me irás a decir que ese auto se detuvo porque pasó tu amiguita fantasma que viene a hablar conmigo. Porque por lo visto tú eres una empleada muy útil. Por eso te utiliza, Rossi. Entiéndelo, date cuenta que todo esto se produce en tu cabeza. Estás esquizofrénica.

La Rossi miró a su alrededor y ya no habían niños jugando ni personas trotando, la noche y el viento que anunciaba lluvia los alejó. El parque era solo de ellas. Apuró dos pasos para meter la mano entre su chaqueta y obligarla a callar.

—Muérete, perra.

Una puñalada, rozando una costilla de Gaby, se clavó y retorció para mayor efectividad. Cayó de espalda al suelo. Sin quitarle el arma, la Rossi se lanzó sobre ella, le golpeó el rostro con sus manos y le arrancó pelo a tirones. No quería detenerse ante los gritos suplicantes. Los guantes la protegían del frío y de los exámenes dactilares que hiciera la policía. Debía liberar su odio y cumplir con el último paso del plan.

•

Intento acercarme al aleph. ¿Qué es ese viento que me aleja de él? ¿Qué trajo Iván dentro de su maletín? ¿Por qué no pude entrar a su

pieza? Una baba asquerosa que se cuela por el aleph me envuelve dejando sin movimiento. La voz de Iván sale del cuarto repitiendo desesperadamente: Claudia-Claudia-Claudia-Claudia-Claudia. La niebla ya no está solo en mí, sino que se introduce en la casa. Francia echa a correr con Catalina. ¿Por qué huye? ¿Acaso esto los afecta? Iván lleva un maletín y toma a su esposa del brazo. ¿Qué se creen? Se marchan, *no pueden*. Los encontraré donde vayan. La Rossi hará lo que sea necesario para mi regreso. Necesito robarle el cuerpo a Francia. Cuánta viscosidad y niebla inundan la casa y mi propia realidad oprimiéndome. Trato de mejorar la visión, pero es horrible lo que consigo ver: el aleph está pariendo un cuerpo, alguien está invadiendo mi realidad. Distingo sus manos y brazos, lucha por entrar y yo aquí atrapada no puedo evitarlo. Quien quiera que seas volverás a tu maldito purgatorio cueste lo que cueste, porque esta es mi casa.

•

Para Rossi el recorrido era simple, su amiga lo había explicado claramente en la ouija. Solo debía avanzar y pronto daría con el teléfono público que necesitaba para llamar a carabineros para contarle lo que hizo Gustavo con sus amigas. Debía insistir en que era un violador. Si no cumplía la muerte de Gaby habría sido en vano.

Su sombra cuadruplicada la rodeaba sucesivamente, un poste tras otro. En su mente el cuchillo se volvía a enterrar y oía el quejido de su amiga. Se esforzaba por estar serena. Pero su mente insistía en escuchar los pasos insonoros de Gaby persiguiéndola. La veía en cada esquina tirada en medio de la intersección, no la socorría, la dejaba desangrarse tal como lo había hecho en el parque... ya no era su amiga. Era una puta. Gustavo se la quitó. Ella solo la liberó.

La Gaby ya no la llamaba, solo asistió al encuentro porque la amenazó con contarle su romance a sus padres. Necesitaba cerrar el proceso. Decir adiós. Las lágrimas caían. Sus pisadas eran inseguras. El dedo índice aplastaba sus lágrimas antes de nacer, pero no contenía sus sollozos.

En la siguiente esquina, un teléfono junto a la vereda le mostró el final del tormento, haría pagar al verdadero culpable. Si tan solo no le temblara la voz... Una voz de lejos la aterró. Se volteó, era una pareja que regresaba al hogar.

Apuró los pasos y cogió el auricular. Lo limpió en su ropa, escuchó el tono y colgó. Un taxista le hizo cambio de luces. Niega con su cabeza, no quiere ir a casa aunque ya comience a llover. ¿Por qué dijo todo eso la Gaby? Tendría algo de cierto.

Espéro nuevamente el tono, presionó el primer número y la mano criminal se tensó adolorida. Con sus pensamientos imploró ayuda de su fantasmal amiga. Sin la ouija ella no se manifestaría. Estaba muerta y quizás ella también debía morir. Era una asesina. Si moría estaría junto a sus dos amigas, pero morir era malo. Por eso necesitaba cumplir su promesa y si vivía podría lograr reunir las.

Pero si las resucitaba en cuerpos como el de su tía Francia les regalaría una familia y ella volverá a quedar sola. Tal como la había abandonado Gaby. Solo estaría en su pieza con una tabla de ouija inútil.

Cortó y marcó rápidamente los tres dígitos. Sola en medio de la noche y sin conseguir su venganza, soltó el auricular que se precipitó en caída libre...

Una voz de un carabinero le habló y ella no respondió. Soltó el auricular y este osciló golpeándose contra la caja de monedas. La Rossi quería gritar. En cucullas apoyó su espalda al pedestal. Nadie la oiría. Cubrió su rostro. Nadie le respondería. El carabinero al teléfono cortó.

•

El viento templado agitaba la cabellera de Claudia. Vestía su mejor tenuta, porque si existía alguien al otro lado, era correcto llegar presentable. Se había maquillado excesivamente, pero sin perder la armonía de su rostro, quería verse viva y feliz en las fotografías de la policía y los médicos forenses, al menos una sonrisa conseguiría de ellos. Miró hacia abajo buscando ese tránsito agolpado de focos en la oscuridad de la ciudad, pero no se veía ninguna luz que

mostrara una noche viva, alegre, libertina. Estaba todo muerto, los locales de comida, las bencineras, los departamentos del edificio de enfrente... Nadie quería verla inmolarse. No llegaría la televisión, ni un sacerdote a suplicarle que no atentara contra su vida. Se acercó a la banca con que solía limpiar la parte superior del ventanal y se elevó unos centímetros del suelo del balcón. Volvió a mirar hacia la calle y un foco solitario atravesó su pista de aterrizaje, tal vez fue un repartidor de pizzas o sushi. Pasó por su cabeza la intención de devolverse y activar la cámara del celular para filmar su salto. Se arrepintió, no servía de nada que sus amigos y familiares vieran su cuerpo minutos antes de sacrificarse. Tomándose firmemente de la baranda de contención se impulsó orgullosa sobre ésta volteando el banquillo. Tragó todo el aire de la noche que por culpa de la velocidad con que era cortado, le cegó impidiéndole ver el suelo. No movió sus brazos con ansias para regresar a donde estaba, sino que se dejó llevar oyendo el rugido furioso del viento.

Posfacio

No puedo evitar reírme cuando ustedes llegan con aires de grandeza y sapiencia, sintiéndose grandes señores conocedores de los misterios del Otro Lado. ¿Acaso no recuerdan a Sócrates, Iván? Créame, son todos iguales, incluso usted. ¿A caso olvidó cómo me trató en cuanto supo quién soy? Cálmese, no se disculpe, no le estoy criticando nada, sino que mi intención es conversar. Me molesta ir callado cuando recorro la ciudad acompañado. Disfruto mi trabajo, además usted tocó el tema, yo no tengo culpa de ser tan directo y cuando proponen una conversación que me gusta digo todo lo que pienso.

Vamos, crucemos en esta esquina aprovechando el semáforo en verde. Siempre me inundan con dudas que no puedo ni me interesa solucionar. Yo sólo soy un facilitador, un comerciante, vendo mi producto y ustedes se las arreglan con él. Iván, déjeme decirle que tengo más dignidad que un traficante, yo no entrego mi mercancía a niños inocentes, no perjudico a nadie. Por ejemplo, usted es libre de hacer lo que quiera con la oüija desde que ha pagado... No acepto devoluciones porque nunca fallan, están cien por ciento en buen estado y en las manos indicadas. Son los compradores quienes atrofian el producto, es más, se atrofian a sí mismos.

La ambición y la curiosidad que los trajo a mí les hinchan el corazón hasta que revienta. No tema, que esas cosas ocurran depende de la gente. Aquí mi posición es la de un vendedor de cuchillos. La compra puede ser utilizada con distintas funciones, no es exclusivamente para untar el pan o trozar el pollo, realizando el trabajo de forma magistral en ambos casos.

Michael Rivera Marín (Maipú, 1982)

Profesor de Estado en Lenguaje y Comunicación (USACH) y Diplomado en Literatura Infantil y Juvenil (IDEA-USACH).

Como profesional ha estado muy ligado a la educación en diversas áreas, tanto dentro del aula como fuera de ella, inclusive preparando material en el Ministerio de Educación.

La pasión por la literatura lo ha llevado a publicar cuentos en revistas literarias centradas en fantasía y terror, además de realizar reseñas y críticas de libros para distintos sitios *web*.

Durante el último tiempo ha escrito guiones para cómics de superhéroes basados en mitología y leyendas chilenas para Mitomano Cómics y es parte fundamental del equipo de Austrobórea Editores.

Algunas de sus obras son:

Funeral en rieles (Forja, 2012), *Sinfonía H* (Olga Cartonera, 2015) y guionista de los cómics *dIOS* (autoedición, 2014) y *El Anima del Puerto: Infección* (Mitomano Cómics - Austrobórea Editores, 2015), además de escribir los webcómics: *Hiva: Venganza* (2013) y *Ayayema: Abrasada* (2015) para Mitomano Cómics.

Este libro se terminó de imprimir en Santiago, Chile, marzo 2018

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

1. Sotomayor, Olga. *Susurros que gritan*. 2013. Narrativa poética
2. Deb M., Michel. *La mala poesía de saito*. 2013. Poesía
3. Valenzuela, Cristófer. *El dolor de la pasión*. 2013. Poesía
4. Cravero, Matías. *Otras balas*. 2013. Poesía
5. Gatica Salamanca, Mauro. *Spin off*. 2013. Poesía
6. Zetina, Daniel. *Babilonia contra la fe*. 2013. Cuento
7. Fong, Sergio. *Con un cuello de botella rota*. 2104. Poesía
8. Croveto, Paz. *Poemas errantes*. 2014. Poesía
9. Fénix, Patricia. *Desde las cenizas*. 2014. Poesía
10. Ocaranza, Raúl. *Letras oleadas*. 2014. Poesía
11. Navarro, Héctor. *44*. 2014. Poesía
12. Verdugo, Rodrigo. *Ventanas quebradas*. 2015. Poesía
13. Rivera, Michael. *Sinfonía H*. 2015. Novela corta
14. Pastén, Fernanda. *El increíble oficio de mi papá*. 2015. Libro álbum
15. Soberanes, Israel. *Demencia: alas para el abismo*. 2015. Poesía
16. Valdivia, Felipe. *Lecciones para luchar*. 2015. Narrativa poética
17. Quezada, Ignacio. *7 + 1 cuentos ilustrados*. 2016. Cuento infantil
18. Camboro. *Tanico*. 2016. Cuento infantil
19. Gutiérrez, Christian. *Los regalos y otros cuentos*. 2016. Cuento infantil
20. Pérez Aguirre, Ruth. *Cuentos*. 2016. Cuento infantil
21. Fernández-Loyal, Mariela. *Jikísxaña*. 2016. Cuento Infantil
22. Novoa, Loreto. *Fotos con los ojos*. 2017. Tuitatura
23. Chávez, José Eduardo. *Espacios de un mismo ser*. 2017. Microrrelato